

DIÁLOGO CON CLAUDIA KOZAK. EL ENCUENTRO DE LA LITERATURA CON LAS CULTURAS MEDIÁTICAS

Pamela Vestfrid y María de la Paz Echeverría
Universidad Nacional de La Plata (Argentina)
pv@fibertel.com.ar / pazecheverria@hotmail.com

Claudia Kozak*, reconocida por su posicionamiento desde el análisis crítico de la cultura, dialogó con Question sobre su trayectoria y su particular modo de articular los dos campos académicos en los que se desempeña.

Question: Para comenzar querríamos que nos cuente cuál es su trayectoria, y a partir de allí cómo es que le interesó insertarse en el campo de la comunicación social.

Claudia Kozak: Primero debo aclarar que mantengo una inserción tanto en el campo de las letras como en el campo de la comunicación, y me parece que ésta es la dirección hacia la cual se dirigen no sólo las prácticas de la cultura, sino las propias prácticas del investigador y del docente universitario, acompañando de alguna manera una deslimitación de ciertos campos en el área de las ciencias sociales y de las humanidades.

Estudié Letras en la Universidad de Buenos Aires, en la Facultad de Filosofía y Letras, en un período no muy glorioso, porque entré en la facultad en el año 1979. Era una formación muy enciclopedista, de todas maneras, la verdadera formación la hice por fuera de la facultad, cuando avanzada la carrera empecé a interesarme por la teoría literaria, pero no en función de lo que aparecía en la facultad, porque allí era inexistente.

Q: ¿Y dónde aparecía eso que le interesaba?

CK: En el último año de cursada empecé a estudiar en los grupos que tenía Josefina Ludmer (1) para enseñar teoría literaria en su casa, fue la última etapa de ese período en el que mucha gente –como no encontraba en los espacios oficiales algún debate intelectual interesante– buscaba por otros lados y encontraba gente que sobrevivía económicamente y resistía intelectualmente, como David Viñas, Beatriz Sarlo, Josefina Ludmer, Ricardo Piglia. En el caso de la teoría literaria, Josefina Ludmer era quien nos podía dar todo lo que a nosotros nos faltaba.

Siempre seguí ligada a la investigación y a la teoría literaria, estuve en la Cátedra de Teoría Literaria de Josefina Ludmer, y mucho más adelante en la de Jorge Panesi, estuve en la Cátedra de Teoría Literaria II en la Universidad de Mar del Plata en la que trabajé cuatro años como Jefa de Trabajos Prácticos, y las cosas se fueron dando hacia la dirección de la carrera de Comunicación, básicamente porque ya estaba involucrada en un proyecto de tesis doctoral en Letras, que intentaba pensar algo así como las transformaciones de lo que llamaba artístico-literario, desde fines de los 60 en adelante en la Argentina, en el marco de una cultura *massmediática*. El objeto de tesis tuvo que ver con la posibilidad de pensar si aquello que nosotros denominábamos literario hasta ese momento se estaba transformando. Y la comunicación apareció como un ámbito donde en algunos casos se estaba reflexionando acerca de en qué sentidos los medios masivos de comunicación a lo largo de su historia –sobre todo a partir de la fotografía en adelante: el cine, la radio, la televisión, etc.– habían conformado otras tramas en relación con esos espacios de constitución de saberes legitimadores, de valores y de unas ciertas nociones de arte. En realidad esto también está bastante cruzado con el modo en que la idea misma de arte se ha transformando a lo largo de todo el siglo XX.

Quizás había que salir del campo institucional de la literatura para poder ver si, llegado el caso, había otras prácticas que –no asumiéndose como literarias específicamente– trabajaban la palabra artística en algún sentido a través de los mismos dispositivos o cruzándose con los mismos dispositivos que, por ejemplo, podían aparecer institucionalmente en la literatura. Lo que estaba tratando de hacer era un movimiento inverso que era desde la literatura hacia los medios, y desde los medios hacia la literatura; aunque no era desde los medios estrictamente, sino desde la cultura mediática. Asumiendo que las culturas jóvenes contemporáneas, en algún sentido ya no podían dejar de formar parte de la cultura mediática, aún con resistencias, aún sabiéndose, o intentando ser otra cosa en algunos casos.

Q: ¿A partir de ese momento surge su interés por los vínculos entre la literatura y las culturas juveniles ligadas fuertemente a lo mediático?

CK: Sí. Apenas terminé la carrera de grado, presenté un proyecto de beca de iniciación al CONICET. Para ese momento había identificado este fuerte cruce con los discursos de la cultura de masas y la cultura de los medios masivos de comunicación, que estaban modelando muy fuertemente esa narrativa; y también esta idea de que en algún sentido, esta narrativa estaba sacando la literatura hacia otro lugar, sin llegar a sacarla por completo. Entonces la idea era, a partir de ahí, tratar de identificar algún otro discurso en donde se pudieran leer operaciones similares, y ahí es donde surge la idea de pensarlas asociadas a prácticas de las culturas jóvenes, y especialmente, a las letras de rock.

Q: ¿Y cómo es que selecciona los objetos de estudio?

CK: Bueno, eso tiene que ver con ciertas ideas que uno va teniendo en relación con la mirada respecto de un campo. Te interesa por algún motivo, evidentemente ya al elegir la literatura de Puig, a mí me interesaba el cruce con la cultura mediática, porque su literatura es paradigmática en relación con las operaciones discursivas respecto de los discursos y de las matrices de significación genéricas de la cultura de masas, etc. Al elegir ya ese objeto de estudio en literatura, ya estaba eligiendo algo que me pudo conducir a este otro lugar.

Q: Y algunos de esos objetos se fueron dando más tarde, como por ejemplo el interés por los grafitis y las letras de rock.

CK: Los grafitis en Argentina tuvieron su época de gloria en la década del 80, porque si bien la pintada política existió desde siempre, y grafitis como inscripciones no autorizadas también –en el libro que publiqué sobre grafitis rastreo distintas prácticas históricas en relación con esto– en el momento de la recuperación de la democracia hubo una visibilidad de inscripciones en las calles hechas por grupos de jóvenes que salían a generar un tipo de discurso que antes no había sido visto, y en algún sentido, contestando el discurso de la pintada política. Son contextos particulares, donde esto se veía como una práctica joven por excelencia, en ese momento de las clases medias. Esa modalidad de grafiti, lo que llamo en el libro *grafitis de leyenda irónico-lúdico-poética-política*, es un tipo de texto bastante ligado a una tradición de graffiti que sería la tradición del Mayo Francés. Por otro lado, las letras de rock. Para el año 86, la historia del rock nacional ya estaba construida, ya estaba consolidada luego de 20 años de rock. Nosotros habíamos vivido esa historia como adolescentes en los 70 y como jóvenes en los 80 y podíamos entender el modo en que esas prácticas estaban conectadas con lo massmediático. Eran manifestaciones visibles, estaban en la calle, en una zona donde además se tenía la percepción de que la literatura era “prácticamente inexistente”.

Q: ¿Y en relación con la ciudad?

CK: Bueno, lo que sucede es que todo esto se fue juntando. Hay múltiples vías que me llevan a cursar un seminario en la carrera de Comunicación. Así, en los 90 cursé el Seminario de “Informática y Sociedad” dictado por Héctor Schmucler. En esos momentos, cuando se creó la carrera de Comunicación en la UBA en el 85, algunos docentes eran de Letras y otros de Sociología.

Mi paso a la Comunicación estuvo signado por esta etapa formativa, cursando una materia y luego como docente. La masividad de la carrera de Comunicación en los 90 hizo que en el 92 la cátedra se reestructure y en la actualidad soy la Profesora Adjunta.

Inicialmente, cursé este seminario porque abordaba temáticas relacionadas con nuevos consumos culturales ligadas con la cultura mediática, una especie de sociología y filosofía de la técnica. Schmucler le dio esa impronta. Ello implicó un bagaje completamente nuevo de lecturas, y un cruce que para mí siempre fue productivo. Una de las cosas que además siempre sostengo es que, aunque muchos docentes en comunicación son egresados de carreras de letras, muchas veces no se da el diálogo entre ambas carreras. Por eso, siempre digo que llevo y

traigo de una institución a otra, en el sentido de lecturas, abordajes, polémicas y debates.

Q: Y en el cruce de estos dos campos, ¿cuáles fueron las reflexiones que le parecieron más interesantes?

CK: Bueno, por un lado, yo provenía de una formación bastante textualista, y entrar en Sociales (2) me permitió abrirme a un campo de lecturas. Pero al mismo tiempo, abrirme a un campo de lecturas no desde la nada, sino desde mi propia formación. Asimismo, confrontar con tradiciones de lectura, incluso perspectivas de lectura, que con el tiempo fui entendiendo, que al principio me parecían muy ajenas unas de otras. Hay discursos institucionales muy fuertemente marcados. Walter Benjamin es un caso paradigmático porque justamente es uno de los autores que se lee tanto en una carrera como en la otra, pero de manera muy diferente. Más allá de que su obra es extensísima –y en general sólo se lee una parte muy reducida, sobre todo en la carrera de grado– hay tradiciones de lectura que obturan ciertas miradas. Y esta doble inserción institucional me ha permitido comprender las dos tradiciones y en todo caso, realizar mi propia articulación.

La cuestión de la ciudad, abordar las prácticas significantes en la ciudad, estuvo muy ligado con los grafitis, en tanto uno de mis objetos de estudio era el grafiti, me topé necesariamente con la ciudad. Y, en relación con esto, Sociales me formó mucho, porque veníamos analizando la relación entre técnica y ciudad de manera muy fuerte en los 90, en los que comencé a trabajar en la Cátedra que dirigía Patricia Terrero. Lo que serían los estudios de Sociología urbana, vienen por allí.

Considero que fui construyendo una zona de investigación que tiene relación con ambos campos. Mi investigación está relacionada con el cruce entre arte y tecnología: la literatura, el arte, y el espacio social técnico.

Q: Si bien ya lo ha mencionado, siendo que los objetos en comunicación también son objetos de estudio de otras disciplinas, ¿qué es lo que la comunicación le aporta al análisis de los objetos?

CK: Es compleja la posibilidad de pensar el aporte específico en el sentido de un modo de análisis de objetos, es cierto que muchas veces desde el lugar de la comunicación se tiene más conciencia del análisis de las prácticas, lo que permite en algunos grupos de investigación focalizar en la relación arte/cultura y arte/comunicación, no quedarse inscripto en el lugar discursivo, aun cuando la gente de comunicación tenga cierta formación en el análisis del discurso. Por otro lado, en este tipo de investigación la gente de comunicación necesita siempre estar buscando o llenando ciertos huecos, porque tienen una formación menos ligada con la historia del arte, sobre todo con la teoría estética.

Sólo podría responder a esta pregunta remitiéndome a algo que dije al comienzo: hay una desdiferenciación contemporánea entre las disciplinas y entre los objetos de estudio. Por lo tanto, no es una especificidad de mirada estricta, pero sí la que aporta cada recorrido y cada formación. Las carreras de comunicación en general aportan una mirada más ligada a lo social que las carreras de arte, y al haber un cruce en función de los objetos de estudio aportarían esos recorridos. Ha sido siempre difícil analizar el propio presente, y teorizar acerca de algo que se está dando y que todavía no se ha terminado de dar, pero este corrimiento de los límites permite que cada quien circule por ciertas zonas, articule recorridos, y construya –si estamos hablando desde el análisis crítico de la cultura– un discurso desde esos recorridos que permiten leer algunas zonas de la realidad.

Q: Y en relación con las carreras de comunicación en la actualidad ¿cómo considera que se están retomando la perspectiva de los estudios culturales?

CK: La cuestión de los estudios culturales es larga y complicada, entra en las carreras de comunicación en los 80, cuando algunas de estas carreras se están creando o renovando tras la recuperación democrática. Entra de una manera interesante porque es una especie de aire que ingresa en ese momento y una reflexión que no había sido muy central anteriormente, sobre todo la fuerte conexión entre estudios culturales y estudios en recepción. Hubo un momento en que estos estudios culturales estuvieron muy de la mano de la lectura de la Escuela de Birmingham, como paradigma de estudios culturales, una serie de años donde esto fue fuertemente introducido por Beatriz Sarlo, por ejemplo, a través de *Punto de Vista* (3). A partir de ciertas apariciones de textos o entrevistas en dicha revista, aparece algo que luego se va a leer codificado en las carreras de comunicación como

Escuela de Birmingham.

En general se la piensa como una teoría de la comunicación cuando en realidad fueron un grupo de personas provenientes de distintas disciplinas: estudios literarios, estudios de género, estudios antropológicos, semiótica, sociología, que tomaron como objeto de estudio prácticas que son parte de los medios masivos de comunicación, y de ahí deviene su vinculación con la comunicación. Aparece esto como una especie de cuerpo de ideas cerrado, – en el sentido de anudado– con el nombre de una escuela que al interior tenía gran diversidad.

A principios y mediados de los 90 y –esto ya está consolidado– en las propias carreras de comunicación empieza a realizarse una revisión de los estudios culturales. En la carrera de Comunicación de la UBA este debate se dio de manera fuerte, apareciendo en las revistas que producían docentes y graduados de la carrera como *Causas & azares* y en la revista *Zigurat*.

En la actualidad, hay mucha gente trabajando en el campo de los estudios culturales, lo cual no significa que haga estudios culturales en un sentido institucional adscrito a una corriente o a una escuela de estudios culturales. Si tomás como objeto el rock o la cultura popular y masiva, las prácticas del fútbol, el carnaval, todo eso puede ser estudiado desde la antropología, desde las artes, desde la sociología de la cultura, desde los estudios culturales, pero estará en cada investigador instalar una zona desde la cual se sienta cómodo para escribir o para decir algo. Hablar de estudios culturales como corriente... no nos sentimos muy cómodos con eso.

Q: Entonces, ¿es más apropiado ubicarse desde una perspectiva de análisis crítico de la cultura?

CK: Hay un gran debate en relación con esto, algunos autores como Eduardo Grüner proponen frente a la idea de estudios culturales retomar la idea de una teoría crítica de la cultura, porque está pensando en la Escuela de Frankfurt, está pensando en Adorno, está pensando en el concepto de teoría crítica, y en un abordaje de la cultura que implique un posicionamiento que a veces los estudios culturales han dejado de lado, porque lo han lavado, lo han diluido. Por eso, muchos no nos sentimos tan cómodos en decir “hacemos estudios culturales”, tal vez hacemos crítica de la cultura, o un análisis crítico de la cultura. Si pensamos que eso tiene que ver con una inscripción institucional, o una corriente dentro del análisis de la cultura que se dio en llamar estudios culturales, entonces probablemente no. Algo que mencioné al pasar, pero que está en la base de esta polémica está relacionado con el modo en que los estudios culturales entraron en los 80 y 90 en relación con las teorías de la recepción que, en vistas de que terminan muchas veces siendo casi excesivamente voluntaristas –el receptor todo lo puede– han sido debatidas y cuestionadas en determinado momento; también hay que entender que la entrada de los estudios culturales y de los estudios de recepción en los 80 y 90 aparece como reacción frente a un paradigma más bien hegemónico de estudios de comunicación y cultura de masas previo, que uno podría pensar más ligado a las teorías de la dependencia, a las teorías de la manipulación, donde el receptor es una especie de *tabula rasa* que todo lo absorbe, tal como los medios quieren imponerle.

Notas

- (1) Josefina Ludmer es una de las más reconocidas y originales críticas literarias de la Argentina, que se autodefine como “agitadora cultural”.
- (2) Se refiere a la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.
- (3) *Punto de Vista* es una revista de cultura que se edita en Buenos Aires desde 1978, como respuesta de un grupo de intelectuales a la cerrazón de la dictadura militar. Desde entonces se publica ininterrumpidamente.

* Claudia Kozak es Doctora en Letras (UBA), Profesora Adjunta en las Carreras de Comunicación de la Universidad de Buenos Aires y de la Universidad Nacional de Entre Ríos. Integrante de la cátedra Literatura del Siglo XX (FFyL, UBA). Es Codirectora del Doctorado en Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Entre Ríos. Dicta cursos de maestría y doctorado en distintas universidades (UBA, UNLP; UNER). Integra el grupo editor de la revista *Artefacto. Pensamientos sobre la técnica* y actualmente dirige proyectos de investigación en torno de las relaciones entre arte y técnica (UBA/UNER).

Entre sus publicaciones se cuentan libros y artículos relacionados con la crítica de la cultura contemporánea. Libros: *Deslindes. Ensayos sobre la literatura y sus límites en el siglo XX* (compiladora, autora de la introducción y

dos ensayos, Beatriz Viterbo Editora, 2006), *Contra la pared. Sobre grafitis, pintadas y otras intervenciones urbanas* (Libros del Rojas, 2004); *Las paredes limpias no dicen nada* (en colaboración, Libros del Quirquincho, 1991); *Rock en letras* (Libros del Quirquincho, 1990).